

Evangelización por medio de la conversión

Evangelizar no es sólo ni principalmente predicar la Buena Nueva del Evangelio, sino conseguir que la persona se convierta ella misma en Buena Nueva, en noticia jubilosa de que Cristo vive, haciendo así que Cristo resulte vivo, normal y cercano a los demás hombres de hoy.

En Cursillos, desde los primeros momentos, queríamos encontrar el mejor método para ayudar al hombre a ir desde su - realidad real - hasta donde puede estar - su posibilidad posible-. Estábamos y estamos persuadidos de que el hombre de hoy es en general un ser vitalmente próximo al Evangelio, pero que se cree así mismo muy alejado, o bastante alejado, de Cristo, única clave que a su vez posibilita al hombre siempre sus mejores posibilidades.

Cuando comenzamos a defender nuestra esperanza de que un método breve e intenso, en apenas tres días, podría facilitar al hombre normal de nuestro tiempo que se aperciñera de que lo que buscaba era exactamente lo mismo que Cristo venía a anunciarle, los escépticos de siempre (que suelen ser tanto los Sabios de Sión como las luminarias del Siglo) nos decían como nos siguen aún diciendo, que estábamos locos si pensábamos que en tres días podía conseguirse la conversión de los alejados. Nosotros sólo acertábamos a contestar a tales escépticos de dos formas posibles: una, repitiendo lo que un cursillista de los primeros cursillos allá por 1950- dijo en una clausura de un cursillo aludiendo al mismo asunto: "Cómo si el Espíritu Santo necesitara tres días para hacer maravillas ¡Le sobran dos días, veintitrés horas, cincuenta y nueve minutos y cincuenta y nueve segundos, que son los que nosotros necesitamos para darnos cuenta de que nos habla! Así se expresaba al efecto el sentido común desde el Evangelio. Y también pro-

curábamos explicar evangélicamente desde el sentido común, citando aquella luminosa expresión de Guardini, cuando dice que "cristiano" no es algo que se es; Si no algo que se va siendo.

La conversión, en efecto, no es un acto, sino un proceso; proceso que tiene una fase de búsqueda, un momento de encuentro, y una etapa o un conjunto de etapas en que el encuentro se patentiza, se perfecciona y se perenniza en la amistad.

"cristiano" no es algo que se es; Si no algo que se va siendo. La conversión, en efecto, no es un acto, sino un proceso.

Para que el hombre "normal" de nuestro tiempo pueda acceder fácilmente al gozo de la Buena Nueva, creemos es suficiente con que pueda tomar conciencia de que

su larga búsqueda - de felicidad, de amistad, de amor- le facilita (es decir le hace asequible y apetecible) el encuentro consigo mismo, con Cristo y con los demás.

Frente a esta concepción, que concretaríamos en afirmar que convertirse es encontrar el sentido, se levanta el prejuicio ge-

neralizado de que convertirse es cambiar. Ambos enfoques tienen una raigambre muy profunda, histórica y teológica. San Pablo describe la entraña teológica de la conversión - de la "metanoia" - como una secuencia con una fase de muerte del "hombre viejo" y una de alumbramiento del "hombre nuevo", que es una resurrección en y con Cristo Jesús. La lectura de esta espectacular imagen es tan variada y matizada como las personas y las épocas que en ella se proyectan.

Un encuentro verdadero con el mismo Alguien que es uno mismo y que son los demás.

En épocas en que la muerte es un referente primordial- quizá porque dominen las guerras, o el hambre, o sea otra muerte que es la dominación del hombre por el hombre- las gentes han leído la espectacular imagen de Pablo en la clave de su entorno y subrayado lo que la conversión supone de alejamiento de los parámetros en vigor, un cambio radical en el ser, el pensar y el comportarse del hombre.

En otras épocas- por desgracia más escasas en la historia-, en que el sentido vitalista ha impregnado más la vida del hombre, la conversión se ha visto como una resurrección, como plenificación de la propia realidad.

Se era consciente de que el hombre nuevo es el mismo hombre viejo, transformado, completo, porque sabe de quién se ha fiado.

Una de las paradojas y singularidades de nuestra época es que a la vez las grandes guerras, el hambre de tantos y la comunicación noticiosa de lo terrible, mantienen patente el signo de la muerte, mientras el avance de la salud y de la técnica, y el brío de un mundo sorprendentemente vivo y joven, configuran a la persona actual como un ser de esperanza y de futuro, radicalmente afirmador de la vida.

Quizá por tanto hasta ahora no ha sido posible más que a unos pocos escogidos, captar la dualidad- la polaridad- de la imagen paulina en toda su riqueza. Pero hoy sí es posible que la persona vislumbre algo que le puede alejar radicalmente de todo lo que de veras no le gusta. Y este "algo" resulta que es Alguien -Cristo-, que le permite un encuentro verdadero con el mismo Alguien que es uno mismo y que son los demás.

Pero, por desgracia, aún son legión quienes nos hablan de la conversión como un cambio y una muerte; quienes sintonizan más en el grito del Antiguo Testamento ¡Arrepentios!, son más aún que quienes sonríen en la certeza del Nuevo, diciéndonos que "buscad y encontraréis".

Muchas veces hemos dicho que sería absurdo que un vendedor de automóviles de lujo pretendiera que le compráramos uno de sus coches, insistiendo sobre su alto precio, y no sobre el gozo de disfrutarlo. Le suspenderían en cualquier curso de marketing. Pues así también hemos confundido a menudo los cristianos valor y precio, intentando el absurdo de que los alejados quisieran acercarse mientras les decíamos tan sólo lo que perderían en el intento.

La conversión genera un cambio, pero es un hecho radical – de fe- y no básicamente de criterios y conductas. Es mucho más una plenificación, ser más y mejor, que un cambio (ser otro).

Sobre la base de estas convicciones se construyó el método que conocemos como Cursillos de Cristiandad, y que articula su actuación hacia la persona en tres fases, que denominamos precursillo, cursillo, y postcursillo.

A través de lo que llamamos precursillo intentamos ayudar a la persona que busca en su vida el logro de algo que identifica como su felicidad, como su plenitud o como su ideal, para que profundice en su búsqueda, acelere su búsqueda y oriente su búsqueda hacia el verdadero horizonte del encuentro. Con ello procuramos que su previa inquietud, tantas veces angustiada, o asqueada, o acallada, se perfile como una inquietud sana, recta, sincera e ilusionada.

En los tres días del cursillo propiamente dicho se intenta, y casi siempre, por la Gracia de Dios, se consigue, que aquella búsqueda cristalice en un triple encuentro (o reencuentro): el de la persona consigo mismo, con Cristo y con los demás.

Es como volver del revés un calcetín – le dijo –; pero ¡ojo!, que el calcetín continúa siendo el mismo, con su color y su textura, con sus remiendos y sus rotos.

Pero no por ello creemos que el hombre ya se ha convertido en cristiano; sabemos y sentimos tan sólo y nada menos que la persona iniciado su proceso de conversión – de convergencia – consigo mismo, con Cristo y con los demás seres humanos, que ha de ser un proceso de paz, de alegría y de eficacia, en un entrañable "cuarto día" del cursillo – o poscursillo-, que durará ya toda su vida.

Es decir; si bien podemos afirmar que de ordinario en el cursillo la persona se ha convertido a Cristo (como a sí mismo y a los demás), sabemos que será durante toda la aventura posterior de su vida donde tendrá ocasión de convertirse en cristiano – en Cristo – en puridad teológica-.

Quizá resulte aquí oportuno un símil que oímos utilizar hace ya muchos años a Don Juan Capó, un cursillista le preguntó en que consistía eso de la "metanoia" " Es como volver del revés un calcetín – le dijo –; pero ¡ojo!, que el calcetín continúa siendo el mismo, con su color y su textura, con sus remiendos y sus rotos.

Metodológicamente es indudable que la clave para hacer posibles estos tres procesos de amistad, es precisamente el último de ellos- la amistad con los demás- y dentro de él la amistad con los otros que integran el nosotros del propio proceso de conversión, es decir, la amistad con "los hermanos".

Nadie se encuentra a sí mismo sino es por similitud y por contraste - al tiempo - con los demás; pero más clave aún resulta que nadie mantiene consigo mismo esa actitud de aceptación radical y alegre y al propio tiempo de anhelo y casi exigencia de mejora y perfección – que identifica la paradoja y la síntesis de la amistad – si no se ve reflejado en las carencias y en las grandezas del amigo. Sólo esa vía nos libra de la culpabilización paralizante y de la exculpación alienante a la que tiende el hombre de nuestro siglo de forma cíclica y pendular, y nos sitúa en una perspectiva creciente de propia identidad y construcción: en la vía para ser uno mismo e ir siendo a la vez "más y mejor".

Este estímulo combinado de propia identidad y construcción lo aporta a nuestro entender toda relación de amistad, cuando es auténtica; es decir, cuando la amistad no se instrumentaliza ni se trivializa por parte de ninguno de los dos amigos en presencia.

Para el avance del hombre hacia su plenitud real, esas dos líneas de avance que aquí designamos como propia identidad y construcción, aún no son suficientes. Falta un tercer elemento que permita completar el círculo que de alguna forma es la vida del hombre, y centrar su eje.

Cuando la amistad se produce entre quienes comparten la certeza de que el sentido de la vida, de la realidad y de la historia es Cristo – que vive en ambos – a los efectos antedichos de propia identidad y construcción, se añade necesariamente un nuevo componente que podemos designar como integración activa, consciente y creciente, en el Todo.

No creemos necesario dilucidar si solamente a raíz de lo cristiano y entre cristianos se genera este tercer y definitivo factor de la relación de amistad; probablemente, no. Pero lo que proclamamos -porque nuestra certeza y nuestro gozo de cada día nos lo exigen- es que cuando la amistad se alumbraba, se vive y se cultiva entre cristianos, sí se da esta crucial y tercera dimensión de la integración activa de cada uno en el Todo.

Esta es la dimensión que permite al hombre encontrar, afirmar y afianzar el eje del círculo que es su propia vida: no sólo es él mismo-requisito previo – sino que sabe quien es, en relación a lo demás y a los demás. Capta tanto su ser – personal – como su esencia-cósmica y trascendente-; afianza su vigor y afirma su valor. Pero ello no es todo.

La persona encajada en su verdadero eje es la única que puede proyectarse a la vez armónicamente hacia todas las áreas o zonas de su vivir. Y aún más: precisamente por pivotar sobre su eje verdadero, esta proyección del hombre hacia sus diversos horizontes de crecimiento y plenitud no es forzada ni apenas esforzada, sino que se produce con naturalidad, con normalidad, armónicamente.

Esta es la dimensión que permite al hombre encontrar, afirmar y afianzar el eje del círculo que es su propia vida

Esto no quiere decir que esta persona que pretendemos ser y ayudar a ser, con propia identidad, crecimiento e integración activa en el Todo, no tenga problemas ni se equivoque jamás. Muy al contrario, suele tener más problemas que el hombre medio de su alrededor, porque su libertad interior constituye para muchos casi un reto que les insta a domesticarlo; su crecimiento despierta envidias en unos, afán de utilización de su energía en otros, y resistencia a su influjo en otros más; etc. etc.

Pero nuestro hombre ve estos problemas como materiales de su construcción y crecimiento, y asume sus errores – o sus caídas – precisamente porque se sabe en proceso de conversión y nunca al filo de la meta; y



sobre todo porque comparte con sus amigos su vida desde el mismo sentido de la vida, y sabe que también ellos- a quienes sin duda admira- tampoco están libres de problemas ni de errores.

Este es en síntesis el análisis que subyace en la metodología del poscurso en la concepción fundacional de Cursillos, y que muchas veces no reconocemos en proclamas que quieren parecer apologéticas de nuestro Movimiento, pero que objetivamente tienden a instrumentalizarlo.

Cuidamos que la persona tenga ocasión de amistad, en primer lugar. Ya el propio cursillo, y aún el precursillo, son en muchos casos lugar de encuentro entre personas que cuaja en amistad entre ellas; pero básicamente es en el ambiente testimonial de la clausura del cursillo- en muchos lugares agudamente precedido por el sorpresivo despertar alegre y amical de las "mañanitas"-, que anuncia e invita a la Ultreya, donde comenzará el necesario oteo y ojeo de procesos de amistad.

Es por tanto la Ultreya nuestra metodología específica para que -entre otras cosas- quienes han iniciado su proceso de conversión en un Cursillo puedan establecer auténticas relaciones de amistad con otros que comparten su sentido de la vida. De ahí que descalifiquemos siempre los montajes que pretenden convertir las Ultreyas exclusivamente en actos públicos o colectivos, suprimiendo o restando importancia a las reuniones de grupo previas que la configuran; al igual que hacemos cuando alguien- deliberadamente o por simple comodidad- propugna que las reuniones de grupo con que se inicia la Ultreya sean de componentes fijos o estables, cuando la primera clave de su eficacia es variar cada semana de miembros, originando así que cada vez se haya conocido y tratado personalmente a alguien - a varios - antes desconocidos prácticamente, posibilitando así la "chispa" de un proceso de amistad llamado a impulsar, afianzar y orientar aquél mismo proceso de conversión y todas sus insospechadas derivadas.

Junto a la Ultreya, la labor de "rodaje" que sobre el cursillista efectúan tanto quienes le invitaron al cursillo como muy significativamente los que formaron el equipo de dirigentes de su cursillo, hacen de ordinario posible que el converso - o reafirmado en su previa conversión- se hagan amigo de otros con su mismo sentido de la vida. Y ahí somos conscientes de que afloran dos tipos básicos de relación amical: la bilateral y la grupal.

Como método y como movimiento, los Cursillos - el poscurso, en concreto- no ignora ni minusvalora las relaciones bilaterales de amistad; pero es consciente de los riesgos de falta de perspectiva, de inercia compartida

y de derivación conjunta que muy a menudo acechan a la mera amistad bilateral. De ahí que apostemos decisivamente por la relación de amistad grupal, por el grupo estable de amigos que lo son "todos de todos". Sabemos que dentro de ese grupo de amigos verdaderos - entre tres y seis - personas usualmente-habrás quienes, de dos en dos, polaricen una mayor densidad de afinidades y convergencias, y pensamos que no sólo es inevitable, sino además muy positivo, porque entonces, con lo dual enmarcado en lo grupal, conseguiremos todas las ventajas de ambos tipos de comunicación, y facilitaremos que se superen asimismo sus respectivos riesgos.

Casi nunca el nivel de afinidades en el grupo es tan grande como para que se reproduzcan en él -a escala ampliada- los riesgos típicos de la amistad dual; inercia, narcisismo y peculiarismo. Pero no deja de ser posible. Y, en cambio, en el grupo es aún más fuerte que en la amistad a dos el riesgo de seguidismo, del liderazgo excesivo de uno de sus componentes, que convierta el grupo en un equipo. Todos estos riesgos creemos que quedan adecuadamente neutralizados, con la incardinación abierta el grupo en la Ultreya, que se convierte así, a la vez, en semillero de la creación de grupos, y en garantía de sanidad, apertura y vitalidad de los grupos ya existentes.

Pero antes de retomar el papel de la Ultreya, en el proceso de conversión que es el poscurso en su conjunto, hemos de perfilar algo más el clave papel del grupo estable, y por tanto de la reunión semanal de grupo, dentro de ese poscurso.

En Cursillos el grupo no agrupa a sus miembros para que, sino porque. No pretende en absoluto que sus componentes piensen igual sobre todo lo contingente, ni que sientan igual frente a lo que acontece, ni mucho menos que emprendan actuaciones conjuntas. Aspira tan sólo y nada menos a que los amigos que lo integran pongan en común con frecuencia — semanalmente— lo que cada uno vive por separado, en sus respectivos ambientes. Es compartir lo que se vive, y no convivir, la esencia del grupo en nuestra metodología. Y ello frecuentemente se olvida, fomentando liderazgos internos y misiones comunes, y reflexiones poco menos que obligadas, que están siempre en contra de la idea germinal de Cursillos; de que lo que ha venido en llamarse carisma fundacional.

Porque “van siendo” cristianos, los integrantes de nuestros grupos desean encarnar el gozoso misterio de la “comunidad de los santos” y del Cuerpo Místico de Cristo a escala practicable. Y estas realidades trascendentes explicitan también que el secreto consiste en la conjunción de lo diverso, de lo singular, en un Todo que multiplica exponencialmente el valor de cada uno de sus miembros.

Pero, porque además de “ir siendo” cristianos, son amigos entre sí, esta puesta en común de sus respectivas vivencias singulares— inherente a todo lo evangélico— se hace humana e inmediatamente apetecible, fácil, gozosa y eficaz.

Para ello es esencial que la actitud dentro del grupo, cuando el amigo cuenta sus experiencias o sus proyectos, no sea nunca la de un dogmático y castizo “no estoy de acuerdo”, ni un “estás equivocado”, sino la de un evangélico y amical “yo en tu lugar hubiera hecho” o “haría”... Y conste que no hablamos de vocabulario, sino de actitud; porque hay quien con palabras duras pero naturales sabe compartir, como abunda el que con palabras suaves no hace sino imponerse o tratar de descalificar.

Lo verdaderamente acorde con la metodología de Cursillos es hacer converger lo vivido con lo proyectado con lo proyectado, de cada uno a los demás miembros del grupo, y no oponer lo vivido por uno a lo sabido por otro o a lo proyectado por alguien ajeno al grupo. Al ras de lo vivido, queda siempre claro que todos somos discípulos, en proceso

de conversión, “Agamenón o su porquero”, y que uno sólo es el Señor y el Maestro. Bastantes jerarquizaciones tendrá el cursillista en cada uno de los ambientes en que se mueve en la realidad del mundo — en su empresa, en su familia, en su quehacer cívico, e incluso en su diversión— para que le privemos del rincón de igualdad que le supone el grupo, precisamente por su diseño de evangelio y amistad.

Para que los grupos— y por tanto las reuniones de grupo—, que son la base del Movimiento de Cursillos, mantengan ese clima interior y ayuden realmente por ello al proceso de conversión de cada uno, entendemos es esencial que mantengan su incardinación en una Ultreya genuina, y cuiden su estabilidad. La vocación de estabilidad del grupo de amigos, en cristiano, no es distinta de la que de por sí tienen tales grupos en lo meramente humano: de una parte, se esforzarán en que un problema concreto de comunicación o un bache en el camino, no suponga la desintegración del grupo ni su disolución en tertulia o convención social; pero también la estabilidad servirá para que cuando uno de sus componentes o todos ellos realmente han dejado de mantener la vinculación necesaria, se produzca sin traumas el desgajamiento de uno, o del propio grupo, mientras todos procuran que dejar de estar integrado en “este” grupo, no les suponga quedarse sin reunión de grupo, para lo que, una vez más, la Ultreya es el instrumento que lo posibilita.

Es decir, que frente a un esquema clásico y casi subconsciente entre los católicos de “toda la vida”, según el que el alejado que se convierte— que inicia su conversión— lo necesario es que se le forme intelectualmente— teológicamente— y se le organice su actividad “evangelizadora”, los Cursillos plantean una convicción muy distinta: lo esencial es que al converso se le vaya haciendo fácil, consciente y creciente, su proceso de conversión; él tendrá entonces el buen gusto de adecuar su cabeza y su voluntad a lo mejor; pero la clave no es su inteligencia ni su voluntad: es el alma, el hambre de Dios y la santidad, que residen en ese punto central y mágico de la persona, más cerca de su corazón que de otra cosa, pero que trascende con mucho su mundo de los sentimientos.

Para que lo cristiano no pase, ni pese, ni pise al hombre que lo intenta vivir, no se nos ocurre mejor método, desde la divertida y difícil época en que nos ha tocado vivir. El “ama y haz lo que quieras” de San Agustín, lo recrean nuestros grupos en un “haz lo que quieras y compártelo con tus amigos también cristianos: verás que cada vez que tu quieras se parecerá más y más a lo que de ti quiere el Señor, “que quiere tu bien y es omnipotente”.

lo esencial es que al converso se le vaya haciendo fácil, consciente y creciente, su proceso de conversión

Si no creemos en el hombre — en la persona — no podemos creer en los Cursillos; y si creemos en los Cursillos nuestra actitud frente al converso de ayer mismo o al que viene convirtiéndose desde décadas, no puede ser otra que la de Cristo tras resucitar a Lázaro, que observando sin duda los excesos de solicitud de los presentes, empeñados en “ayudar” al resucitado limitando sus movimientos y su capacidad de decisión, les dice simplemente: “soltadle y dejadle andar”.

la metodología de Cursillos, nos recomienda tan sólo que andemos en compañía de hermanos amigos, compartiendo así los gozos y las fatigas del camino.

Ante tantos que pretenden ayudarnos, diciéndonos primero hacia donde, por donde, a qué ritmo y con quien tenemos que andar, y que se empeñan en que para andar bien tenemos que aprender fisiología y hasta gimnasia rítmica y litúrgica, la metodología a la vez simple y profunda — y por ello eficaz— de Cursillos, nos recomienda tan sólo que andemos en compañía de hermanos amigos, compartiendo así los gozos y las fatigas del camino.